

Música Condennada a Morir

Por JOSE DONOSO

HAY CIERTAS MELODÍAS muy viejas, muy melancólicas; casi olvidadas, que ya no se oyen más que en los organillos. "La Chica del diecisiete", "Ay, Josefina", "La Tonkinesa" parecen haber sido compuestas hace mucho tiempo, exclusivamente para ser ejecutadas al pie de una ventana o en una esquina cualquiera de la ciudad, por esos hombres miserablemente vestidos y mal afeitados, que sudan al dar vuelta la manivela de la caja de 40 kilos con la que han atravesado la ciudad. Los niños se paran a escuchar al organillero. Alguna muchacha paga 50 pesos para que el lorito amaestrado le entregue un papel con su suerte, en la que cree y no cree. Alguien compra una pelota de aserrín de 50 pesos, o un cancionero, y paga 30 pesos para que el organillero toque una pieza. Pero los organilleros y lo poco o mucho que su música sensibiliza y su anacrónica figura signifiquen tienen sus años contados.

Antes era frecuente encontrar organilleros en cualquier barrio de la ciudad. Hoy los hay cada vez menos. Importar un organillo desde Alemania o Rusia cuesta más de cinco millones de pesos. Los viejos organillos, traídos al país a partir de 1895 se descomponen, quedan abandonados e inservibles bajo las goteras de alguna mediagua, y sus piezas en buen estado sirven sólo para arreglar otro organillo, apenas menos decrepito. En Santiago quedan sólo 25 or-

dueños de sus propios aparatos, pero son los menos. En cambio, los empresarios de organillos, dueños de una "flota" de tres, cuatro o cinco aparatos, los arriendan a hombres que los saben trabajar. Estos pagan 800 pesos diarios por el arriendo del aparato. Por 10 pesos compran al empresario un pliego con 18 suertes, que el loro, generalmente la única propiedad personal del arrendatario, sacará de la caja. Adquieren también cancioneros, y pelotas de ase-

están de acuerdo en que en el barrio alto gustan más las melodías mexicanas, y las favoritas son "Juana", "Me he de comer esa tuna" y "Pregoneira". En Quinta Normal, en cambio, gustan de oír melodías más antiguas, pasadas de moda, valse vieneses sobre todo. Pero los grandes clientes de los organilleros son los niños: apenas los oyen, se arremolignan en torno al aparato; obligan a sus padres a comprarles pelotitas que despanzurran a los pocos minutos, y quieren ver al loro. Sin los niños, los organilleros no podrían vivir.

Mundo profesional

Todos los organilleros, tanto propietarios como arrendatarios, se conocen entre sí, como los miembros de cualquiera profesión, y forman un mundo aparte. Explican que son organilleros porque les gusta la música, y tienen la dignidad y el orgullo de quienes han dedicado la vida a una vocación. Si se da cien pesos a uno de ellos, tocará las cuatro melodías que lo pagado cubre, porque prefieren no aceptar limosna: son profesionales dignos. Es raro que uno de estos profesionales, que por lo general, debido a sus costumbres un tanto bohemias y a las amistades de los bares, no salen todos los días, ganen más de 1.500 pesos diarios, contando el capital invertido en suertes, cancioneros y pelotitas de aserrín. Para ganar esa suma, tienen que recorrer a pie media ciudad bajo el sol, porque es raro que salgan en invierno, con la pesada carga al hombro. A veces, los acompaña un hijo pequeño o un perro, pero el organillero es un individualista, un hombre solo e independiente, muchas veces sin casa ni familia, que duerme donde lo agarre la noche, después de haber tomado unos cuantos tragos en algún bar, donde encuentra amistades. A veces, se propasa en la bebida. Y es el organillo el que sufre, porque en la euforia, lo olvida o lo maltrata, lo que significa la ruina de los empresarios, que ven cómo se van acabando los aparatos que constituyen su capital. A veces acompaña al organillero un bailarín con bombo; el más famoso hoy es Lizana, "El bailarín del pueblo", que siempre anda cerca de la calle Eyzaguirre, y también Rosa, la música excéntrica. Estos ganan bastante más que los que sólo salen con los organillos.

Un poco de historia

¿De dónde salieron los organillos? Uno no puede dejar de hacerse la pregunta, al ver las complejas máquinas, costosas —valen tanto como un Fiat—, importadas, de aspecto, generalmente muy anticuado. Enrique Venegas, en su casa de la calle Borgoño, en el paradero 30 de la Gran Avenida, explica algo de la historia de los organillos en Chile:

—El primer organillero que hubo en Chile fue don José Strup, que llegó con sus instrumentos en 1895. Venía de Alemania, donde la firma Bagicalupo fabricaba, además de órganos y armonios, organillos. Después comenzaron a llegar más organillos al país, hasta el último, que fue importado en 1937; éste ya era muy moderno y cómodo, porque tenía ruedas y no era tan sacrificado trabajar con él, como con los que hay que llevar al hombre suspendidos con una correa de cuero. El organillero más famoso fue don Lázaro Kaplan, que a principios de siglo andaba por las calles con su organillo, su mono y su bombo; él venía de Rusia. Después llegó Juan Serras, como turista, y comenzó a importar organillos, que arrendaba, y después vendió. En provincias, sobre todo en Valparaíso, quedan muchos organillos, pero están todos en muy mal estado. En Rancagua hay diez, y en Valparaíso, tantos como en Santiago. Ahora, a veces, y ésta es la gran suer-

EFRAIN CHAVEZ

Educo a su lorito de la suerte dándole saliva en ayunas.

ganillos. Y no todos en uso, no porque estén malos, sino porque las nuevas generaciones no se interesan por trabajar con organillos, ya que la ganancia es misera, y el sacrificio, grande. Además, hay sólo una persona que sabe arreglar organillos; un solo hombre que al mismo tiempo de saber música, posee la delicada y minuciosa técnica de escribir música con las púas de los rodillos de madera, que en el interior del aparato mueven el fuelle. Cuando desaparezca Enrique Venegas, artista y músico, músico, artista y bohemio, adiós para siempre a los organillos.

En busca de "caletas"

Hay organilleros que son

rrín a 15 pesos cada una. Con este material, el organillero se echa la caja de 40 kilos al hombro y comienza a recorrer la ciudad. Rara vez le toca recorrer menos de 25 kilómetros en busca de lo que llaman las "caletas" (ciertos clientes seguros, que pueden no ser más de uno o dos por barrio, pero que, con seguridad pagarán, por lo menos los 50 pesos de la tarifa por oír dos melodías). Cuando quieren descansar de su carga o almorzar, dejan el organillo en alguna "casería" —un bar o casa amiga—, donde también dejan el aparato, en caso de que la noche los sorprenda lejos del sitio donde duermen.

Los mejores barrios para los organilleros son el barrio alto y Quinta Normal. Casi todos



te del organillero, gente que ha ido a la Universidad, nos llama, para que los toquemos en la casa, en una fiesta de sus hijos, por ejemplo, o en alguna manifestación: nos pagan cinco y hasta diez mil pesos. Al organillero que lo llama para esto se saca la lotería. Hay también gente que no es de la profesión, que está comprando organillos como cosa curiosa o antigüedad... no sé para qué, porque no los tocan; les sirven nada más que para mostrárselos a los amigos. Hace un año yo vendí uno en 180 mil pesos, que arreglé con piezas viejas de otros organillos.

Rey de los organilleros

Enrique Venegas es el personaje más importante del mundo de los organillos. Un hombre delgado, con el rostro lleno de fatiga, que aparenta más de sus 55 años, vive con su compañera y dos hijos pequeños. La fortuna no ha sonreído a este inteligente y curioso bohemio del pueblo chileno, a pesar de que todo el mundo de los organillos depende de él. No sólo sabe arreglar las averías en los aparatos en su modestísimo taller —asegura que le han enviado organillos desde Venezuela para que los arregle, porque es el único que sabe hacerlo en el continente sudamericano—, sino que es el único que entiende el complejo trabajo de los rodillos. De palabra fácil y dotado de una natural simpatía, Enrique Venegas ve con dolor que los jóvenes ya no se interesan por su trabajo, y que cuando él deje de existir desaparecerá al poco tiempo la música de los organillos de los parques y las esquinas, las plazas y los barrios.

Los organillos traen en el interior un grueso rodillo de madera lleno de pequeñas púas, que son las que producen la música, las que eligen las notas en el teclado, y determinan la melodía. Las canciones que tienen los rodillos viejos de los aparatos importados hace muchos años, ya no tienen vigencia, y es Enrique Venegas el que, comprando una hoja de música, trasta da el lenguaje de la notación musical a las púas de los rodillos. Bajo la mediagua en que está su taller, rodeado de trastos y de gallinas, detrás de una pequeña tienda, Enrique Venegas sabe que los 64



PUAS QUE SON MUSICA

La mano maestra de Enrique Venegas arreglando la música del rodillo.

compases de una melodía se descomponen en el milímetro de la fusa, el medio milímetro de la corchera, los puentes de los sostenidos, etc. Y con este lenguaje de púas y puentecitos minúsculos de metal, puede escribir las más bellas melodías que hoy se oyen por las calles de Santiago, que, aunque no puedan competir con las Wurliitzer llenas de luces que atraen a la juventud, hablan con un idioma propio, inconfundible. ¿Qué sucederá cuando desaparezca Venegas? Se irán rompiendo las púas de los rodillos, las melodías callejeras se irán haciendo más y más escasas, hasta que por fin enmudezcan para siempre, y dentro de algunos años los niños ya no sabrán lo que es correr para oír al organillero.

Loros y suertes

Al otro extremo de Santiago, en La Palmilla, vive Efraín Chávez, dueño de cinco organillos, que arrienda. Fotógrafo de parques el día domingo, hombre serio, ordenado, que fabrica pelotitas de aserrín. Por la prensa, un ciego, Francisco Morales, que le arrienda-

ba un organillo, lo acusó de explotario inescrupulosamente, y de rehusarle el arriendo de uno de sus instrumentos. Tanto Chávez como Venegas, y otros organilleros, desean dejar en claro que no hay tal explotación. Efraín Chávez vive pacíficamente de su profesión, y \$ 800 diarios no es un precio desmedido por el arriendo de los instrumentos que constituyen su capital. Además, si el organillero arrendatario es descuidado, como ocurre con Morales, es natural que Chávez desee proteger ese aparato, que constituyen su medio de vida. Este pequeño escándalo, acusado en un diario santiaguino, y que ha pasado inadvertido para el público, ha sido la mayor noticia bomba que ha sacudido al mundo de los organillos.

Efraín Chávez, como todo organillero que se respeta, es dueño de un lorito amaestrado por él mismo, para que saque los papeles de la suerte. Dice del adiestramiento:

—Lo compré en el mercado. Pero me di cuenta de que el lorito era muy altivo, y no quería obedecer. Al principio le ponía una palanquilla de agua a la salida de la jaula, para que se cayera en ella si salía sin permiso, pero no aprendió. Después lo amarré dentro de la jaula, pero el lorito era muy altivo, como le iba diciendo. Hasta que un compadre me contó que la única manera de hacerlo obedecer era dándole saliva en ayuna, en mi propia boca. Así lo hice por un tiempo, y el lorito me tenía coloreando los labios... pero aprendió bien su oficio.

Chávez compra los papeles de la suerte en pliegos en la imprenta "Abecé", de la calle Górbica, un pequeño establecimiento atendido por un padre y su hijo, que se dedican a imprimir boletas de compra-venta y cancioneros.

Abel Rivas dice que las suertes son lo que menos ganancia le da, pero sigue imprimiéndolas. Calcula que en Santiago se venden 9 mil suertes al mes. Comenzó en este curioso negocio de imprimir suertes para loros de organillos, porque un francés le llevó un pliego para que le imprimiera una gran partida, que después no retiró. Pasaron los años y el francés no apareció, por lo tanto, Abel Rivas comenzó a vender los pliegos con suertes. Cuando se le terminó la partida del francés, comenzó a imprimir más, por su cuenta, y nunca ha dejado de imprimirlos, vendiéndolos a los organilleros y empresarios.



ENRIQUE VENEGAS, REY DE LOS ORGANILLEROS

El único que conoce el secreto de la música de los organillos, le han enviado aparatos desde Venezuela para que los arregle.



EL ORGANILLERO
Figura clásica de las calles santiaguinas, condenada a desaparecer.